

A. A. Izmáilov¹

Con A. G. Dostoiévskaja

(*Con motivo del 35º aniversario de la muerte de F. M. Dostoievski*)²

I

El balneario de Sestroretsk está cubierto por una densa capa de nieve. Por la enorme ventana de dos niveles del pensionado se asoman las copas de unos pinos esbeltos. El día de invierno se apresura: los pinos ahora están todavía verdes, ahora se oscurecen y ahora, de un momento a otro, se volverán negros...

Estoy sentado ante quien durante los últimos catorce años de la vida de Dostoievski fue para él luz y alegría, la dicha en la tierra, quien reconcilió al genio con todos los horrores de la vida y las ofensas de los pigmeos. Dostoievski ya tenía 45 años cuando Anna Grigórievna, con sus 20, entró en su casa. Los comentarios del creador de los *Karamázov* acerca de la dicha que iluminó su vida con la llegada de esa muchacha común y corriente están dispersos en toda su correspondencia.

La viuda de Dostoievski casi no ha cambiado desde nuestro último encuentro, hace unos siete u ocho años; entonces nos vimos en su apartamento de la capital, donde de cada rincón llegaba el soplo de los recuerdos del gran hombre. Aquí, en esta sencilla habitación semejante a una celda de monasterio, sólo una pequeña fotografía evoca su persona. Anna Grigórievna se muestra animada, jovial; en sus mejillas se advierte un ligero rubor. Cuesta creer que dentro de medio año cumplirá setenta.

—Si viviera unos diez años más —dice ella—, lograría ordenar y preparar todo aquello que presenta interés entre los materiales y el archivo de mi difunto marido. El destino me ha concedido a mí, una mujer corriente, la infinita dicha de ser la esposa de un gran hombre y, por supuesto, siento también mis obligaciones.

Y, en efecto, Anna Grigórievna ha trabajado toda su vida para dar gloria a su nombre. Gracias a sus esfuerzos se ha creado el museo F. M. Dostoievski en Moscú, una escuela en Stáraia Russa, se ha publicado, lo que ha requerido una labor colosal, un índice bibliográfico que recopila todo lo que alguna vez se ha escrito sobre él. Durante treinta y dos años ha editado sus obras. En verdad se ha mantenido fiel a su memoria y no sólo en

¹ Aleksánder Alekseievich Izmáilov (1873-1921) fue un conocido crítico y poeta ruso.

² Publicado en el periódico *Noticias Bursátiles*, 28 de enero de 1916, n.º 15350.

el sentido de que ha permanecido viuda treinta y cuatro años sin pensar en un segundo matrimonio.

–Eso me parecería un sacrilegio. Además, ¿con quién podría casarme después de Dostoievski? Yo bromeaba y decía: «¡Acaso con Tolstói!». Incluso hoy vivo de su recuerdo. Por supuesto, no pasa un día en que no me acuerde de él unas quince veces. Encontrar a una persona que se interesa por él y lo ama y hablar con ella sobre el difunto es para mí más dulce que la miel. Cuando muere alguien que conocía personalmente a Fiódor Mijáilovich, me duele, por más que yo casi no lo conociera en persona. Me son caros todos aquellos que lo conocían no sólo como escritor por sus obras, sino también como ser humano...

»Era un hombre perfecto. Su alma fue creada para una ternura tan ilimitada, estaba llena de una bondad, una condescendencia y una sensibilidad tan inmensas, que es difícil de imaginar para quien no lo conocía. Durante el primer año de nuestro matrimonio llevé día tras día un diario, pues así se lo había prometido a mi madre. Cuando ahora lo releo, me entenece hasta las lágrimas la conmovedora bondad y condescendencia de ese hombre hacia un ser tan inmaduro como lo era la muchacha de veinte años que entró en su casa, además muy mimada por su familia. Usted sabe que mi marido nunca se vio en vida con Tolstói. Cuando, después de su muerte, estuve en casa de Lev Nikoláievich, él me pidió: “Cuénteme, qué tipo de hombre era su marido”. Se lo describí como el ideal de hombre y no mentí un ápice. Así me parecía y así era él. “Yo también me lo imaginaba así”, dijo Tolstói, y, por supuesto, para que aquello me resultara más agradable, agregó que encontraba en mí incluso una semejanza externa con el difunto.³

II

¿Leeremos alguna vez nuevos pensamientos, nuevos sentimientos de Dostoievski que aún no conocemos?

En el sentido cabal de obras literarias inéditas, no. Se ha publicado todo, con excepción del único capítulo de *Los demonios* que en su tiempo Katkov puso reparos en publicar y el propio Dostoievski, tras aconsejarse con sus amigos Pobedonóstsev, Máikov

³ A juzgar por la carta de A. G. Dostoievskaja a su hijo F. F. Dostoievski del 25 de febrero de 1889 (cf. L. Lanski, «Colección de manuscritos de A. G. Dostoievskaja», en *Documentos culturales. Nuevos descubrimientos. Anuario 1976*, Moscú, 1977, pág. 74), este encuentro entre A. G. Dostoievskaja y L. N. Tolstói se produjo en febrero de 1889.

y Strájov, decidió no publicar nunca. Ese capítulo nunca verá la luz en su totalidad, aunque la mitad de él ya fue publicada en la última edición de *Los demonios*.⁴

Dos veces en la vida de Dostoievski desaparecieron sus papeles. La primera vez eso ocurrió con motivo del arresto por el caso Petrashevski, cuando junto con sus papeles fue confiscado también un drama de su autoría que desapareció sin dejar rastro. La segunda vez en 1871, ya después de la publicación de *Los demonios*, cuando en un momento de alarma él mismo quemó, por temor a que lo registraran, muchos de sus papeles, entre ellos los originales de *El eterno marido*, una parte de *Los demonios*, etc. Por entonces en el extranjero había aparecido un folleto infundado que le atribuía a él una conspiración estatal y a su esposa, vestida de monja, un papel de lo más absurdo...⁵

—¿Para qué entregar los papeles a la policía, donde de todos modos desaparecerán? ¡Mejor los destruyo yo mismo! —dijo Fiódor Mijáilovich—. Sólo logré salvar los cuadernos de notas, que pude dárselos a mi madre. En general, vivíamos entonces en soledad, sin allegados, en la mayor pobreza. Las deudas gravitaban sobre Fiódor Mijáilovich ya desde el tiempo en que se había hecho cargo de la revista que había iniciado con su hermano, junto con todas sus deudas, y había perdido en ello sus últimos diez mil rublos. De esas deudas se libró apenas un año antes de su muerte. Entonces ya se consideraba casi rico, soñaba con una pequeña propiedad que garantizara el futuro de sus hijos e hiciera de ellos, tal como él decía, casi una suerte de partícipes de la vida política del país.

»En los cuadernos de notas de Fiódor Mijáilovich, sin duda, se halla algo más de lo que ya suele publicarse en el tomo 1. Pero, por supuesto, nada íntegro: sólo anotaciones, planes. La memoria de quienes padecen de epilepsia, como usted sabe, es muy débil, y Fiódor Mijáilovich se veía obligado a no separarse de su cuaderno. Además, hay numerosos cuadernos míos en los que yo anotaba estenográficamente, en diferentes momentos, todo lo que me parecía interesante: sus futuros proyectos, relatos orales, etc. En una edición de *Campo de Acción* hay una tarjeta donde él se da a sí mismo la tarea literaria para el resto de su vida y la muerte se lo llevó, en efecto, lleno de proyectos. Soñaba con consagrar por entero el año 1881 a *Diario de un Escritor* y en 1882 pensaba

⁴ En el tomo 11 de las *Obras completas* de Dostoievski en 30 tomos, en 1974, el capítulo «Con Tijon» fue publicado tal como había sido preparado por el autor para su publicación en *El Mensajero Ruso*.

⁵ Se trata del libro de Paul Grimm *Secretos de la corte del zar en tiempos de Nicolás I*, publicado en francés en 1868 en Wurzburg, donde se ofrece un cuadro fantástico de la actividad del círculo encabezado por Petrashevski. Sobre ese libro y la opinión duramente negativa que el propio Dostoievski tenía de él, cf. N. F. Bélchikov: *Dostoievski en el proceso de los miembros del círculo Petrashevski*, Moscú, 1936, págs. 236-240.

en continuar con los *Karamázov*. Desde la última página de los primeros tomos debían transcurrir veinte años. La acción tendría lugar en la década de 1880, ¡imagínese qué interesante debía ser eso! Aliosha aparecía ya no como un muchacho, sino como un hombre maduro que había sobrellevado un complejo drama espiritual con Liza Jojlakova; Mitia regresa del presidio. ¡Juzgue usted cuánto podía decir sobre sí mismo por boca de él! Por desgracia, debido a mi labor constante dedicada otra vez a la causa de mi marido, no he podido trabajar sobre esos estenogramas. Y descifrarlos no es tan sencillo. Como todo estenógrafo profesional, yo utilizaba mis propias abreviaturas. Y nadie excepto yo puede entenderlas...

III

»Quizás lo más interesante del legado de Fiódor Mijáilovich sean sus cartas dirigidas a mí. Son 162. ¿Por qué nunca las he publicado? Porque contienen muchas cosas halagüeñas sobre mí, lo cual yo, por supuesto, no merezco en absoluto. Durante los catorce años de matrimonio, por no mencionar la época de noviazgo, Fiódor Mijáilovich me trató con un sentimiento de tiernísimo amor y amistad. En las cartas, en particular, exageraba tanto mis virtudes y no notaba tanto mis defectos –cosa que suele pasar con los enamorados– que me parecía que eso debía quedar entre nosotros para que no me acusaran de una desmedida apetencia de honores, de gusto por promocionarme, etc.

»Tras no haber encontrado nunca en la vida a una persona con la que pudiera desahogar toda la riqueza de sus sentimientos, finalmente la halló cuando yo me acerqué a él con mi amor. Él veía en mí algo que, desde luego, nadie veía, y ese amor exagerado al principio me resultó extraño; bueno, como sería extraño que alguien empezara a llamarlo a uno “Su Excelencia”. Huelga decir que esas cartas han sido y son mi mayor alegría y orgullo, que las he leído y releído cientos de veces. Y me ha parecido que, si se convierten en patrimonio de todos, perderán para mí cierta dosis de su encanto.

»Durante treinta y cinco años no he publicado esas cartas. Juzgue usted mismo: quiere decir que he sido capaz de dominar mi sed de honores y no he querido mucho promocionarme. ¿Acaso ahora me acusarán de vanidosa, cuando ya esto viendo mi tumba? Ahora, en rigor, nada, salvo circunstancias puramente externas, puede impedir la edición. Sólo me gustaría esperar a que regresara del extranjero mi hija escritora,⁶ sin la

⁶ Sobre ella, cf. L. F. Dostoiévskaja: *Dostoievski en el retrato de su hija* (Introducción, edición del texto con notas y comentarios de S. V. Belov. Traducción del alemán de E. S. Kibardiná), San Petersburgo, Andréiev e hijos, 1992.

cual no doy ningún paso literario. Pero las cartas ya están transcritas y mis comentarios a ellas redactados. Mis amigos me incitan mucho a dar ese paso. Me señalan que, si aparecen después de mi muerte, pueden surgir todo tipo de preguntas, perplejidades, ¿y quién las respondería? Además, ¿quién garantiza que no se presenten circunstancias que impidan su publicación y me señalan algunas historias familiares que, en efecto, han estropeado los planes de los herederos de personas notables?

»Cuando las cartas estén publicadas, verán por ellas que no he exagerado, sino disminuido el sentimiento que mi marido profesaba por mí, cuánto añoraba la casa y a los niños cuando se separaba de nosotros siquiera una semana, cómo no solo en todas las decisiones importantes, sino también en cualquier futesa, buscaba mi consejo y sin él se perdía, cómo en general era un padre, un marido y un hombre de familia asombroso. Creía tanto incluso en mis sencillas capacidades prácticas que una vez me desconcertó por completo cuando, delante de todos, y en presencia de Máikov, dijo que yo sería el mejor ministro de finanzas. Y en una carta, contento por cómo yo llevaba sus asuntos editoriales, escribe que, si yo hubiera sido reina, ¡no dudaba de que gobernaría bien el reino entero!

IV

»¿En qué he estado trabajando últimamente? En mis memorias. Me he decidido a ello sólo en los últimos años: me resultaba muy extraño ingresar en la liza literaria sin tener derecho alguno para ello. Después me decidí a contar como pueda todo lo que sé y puede ser valioso para una biografía de Fiódor Mijáilovich. Por supuesto, él es el protagonista casi exclusivo de estas anotaciones. Mi vida antes de conocerle y después de su muerte se toma sólo aquí en aras de conservar la coherencia de la narración o si se refiere a su museo, a su escuela. El libro tendrá no menos de treinta folios. En gran medida, se trata sólo de una reelaboración de las anotaciones que en su tiempo realicé en el diario, en el que al principio anotaba todo, incluso mis conversaciones con Fiódor Mijáilovich. Después sólo quedará ordenar su archivo. Es enorme. Contiene unas dos mil cartas. Tan solo las cartas de Pobedonóstsev son una pila entera. No sé si me darán las fuerzas, pero toda esa correspondencia requiere sin falta comentarios de mi parte.

»El museo Dostoievski, en su sección literaria, ha surgido fundamentalmente a partir de los recortes que Fiódor Mijáilovich en vida me pedía hacer. Era muy susceptible a lo que escribían sobre él y se sentía muy tocado cuando tropezaba con la falta de delicadez humana o con la incomprensión. En mi memoria conservo varias de esas

ofensas, que eran tanto más duras por cuanto provenían de personas que se consideraban sus amigas.

»En particular, en el tiempo que seguía inmediatamente a la publicación, cuando hasta él aún no habían llegado las voces ni de la crítica ni de los lectores, era cuando valoraba escuchar una opinión sincera y competente.

V

»Recuerdo los días de nuestra vida en común como días de una dicha grande e innecesaria. Pero, a veces, expiaba esa dicha con un gran sufrimiento. La terrible enfermedad de Fiódor Mijáilovich amenazaba con destruir en cualquier día toda nuestra felicidad. Cuatro meses, acaso, era el intervalo más grande entre sus ataques. Pero también los había de una semana para la otra. Había además períodos terribles en los que sufría dos ataques en una semana, e incluso otro una hora después de terminado el primero. Aquello solía comenzar con un grito terrible e inhumano que es imposible reproducir adrede. Muy a menudo, yo salía corriendo de mi habitación, atravesaba la habitación de paso, abarrotada de libros, y entraba a tiempo en la suya cuando él todavía estaba de pie, tambaleándose y con el rostro crispado. Alcanzaba a abrazarlo por detrás y lo dejaba caer al suelo.

»La mayoría de las veces, aquella desgracia ocurría de noche, aunque también sufría ataques diurnos. Él no dormía en la cama, sino en un sofá bajo y ancho ante la eventualidad de que se cayera. No recordaba nada cuando volvía en sí. Después, con voz lastimera e interrogativa, decía: “¿Un ataque?”. “Sí –respondía yo–, ¡uno pequeño!”. “¿Cómo se repiten! Creo que tuve uno hace poco”. “No, hacía tiempo que no sufrías uno”, lo tranquilizaba yo.

»Después del ataque se sumía en el sueño, pero de ese sueño podía sacarlo el roce de una hoja que caía del escritorio. Entonces se sobresaltaba y empezaba a decir palabras incomprensibles. Como usted sabe, esa enfermedad no se puede ni prevenir ni curar. Todo lo que yo podía hacer era abrirle el cuello de la camisa y tomar su cabeza entre mis manos. Pero ver el rostro amado morado, crispado, con las venas hinchadas, comprender que sufre y que no puedes hacer nada para ayudarlo, eso era un gran sufrimiento con el que yo, por lo visto, debía expiar la dicha de estar cerca de él. Después de cada ataque, quedaba física y espiritualmente quebrantado unos cuatro días; en especial, era terrible su sufrimiento moral.

»El período de vida conmigo fue relativamente más saludable para él. Antes sufría ataques con mayor frecuencia. Hacia el final de su vida los ataques se volvieron más infrecuentes. Y a Fiódor Mijáilovich cada vez le parecía que se moría.

VI

... Los pinos tras la ventana ya se funden con el cielo negro. La luz eléctrica está encendida. Y de dos tomitos con el canto dorado Anna Grigórievna lee en voz alta una serie de cartas relativas al viaje de Dostoievski al célebre homenaje a Pushkin. Esas páginas están imbuidas de una infinita ternura y un amor conmovedor por su familia y sus hijos. No hay un nombre cariñoso que no aplique a su compañera de vida y a sus hijos. No hay un solo momento, mientras él estaba allí, en medio de las lisonjas de los admiradores, de los cumplidos y de las efusiones, de los encuentros con celebridades, de la infinita agitación de «un gran hombre en una conmemoración», y luego literalmente el héroe de la ceremonia, en el que no recordara su humilde casita de Stáraia Russa, a su querida mujer, sin cuyo consejo se perdía en cualquier situación cotidiana...

En el memorable día las cartas de Dostoievski se interrumpen. En cuanto puede abandonar Moscú luego de hacer las visitas necesarias, se dirige aprisa a la estación de tren para dar testimonio de su triunfo a la persona amada.

–¡Ahí tiene qué hombre era Fiódor Mijáilovich, ahí tiene lo que era la familia para él! –dice Anna Grigórievna–. Y estas cartas y mis memorias son necesarias para que a ese hombre lo vean finalmente bajo una luz verdadera. Las memorias sobre él suelen tergiversar completamente su imagen. De él decían que era sombrío y taciturno, que se conducía como un Júpiter, que «no reconocía a nadie» en compañía de otros, que se comportaba «como un genio», que soltaba una sola réplica en toda la noche, que los anfitriones avisaban veinte minutos antes de su llegada, etc. Pero mire usted cuál fue el origen de eso.

»Fiódor Mijáilovich sufría de enfisema, de catarro en las vías respiratorias. Respiraba con dificultad, como a través de una tela plegada en cuatro. Apenas si podía subir escaleras. Por ejemplo, subíamos al apartamento de Polonski en el cuarto piso. Dostoievski se sentaba a recobrar fuerzas en cada descanso. Diez conocidos pasaban por delante, nos veían, nos saludaban y, por supuesto, le llevaban la noticia a los anfitriones: “Ahí viene Dostoievski”. No era extraño que, cuando entraba, los anfitriones ya estuvieran en el recibidor y que todos a porfía se ofrecieran a ayudarlo con la ropa de

calle, mientras él, sofocado, no podía decir una palabra. Sin embargo, para facilitar las cosas, él mismo comenzaba a ayudar a quitarse la ropa, aunque cada movimiento le hacía mal. En casa, desvestirlo era todo un ritual: llevaba unos diez minutos. Juzgue usted mismo qué arrogancia era esa.

»En cuanto a que “no reconocía a las personas”, él, en efecto, debido a su memoria tan floja, a veces no reconocía a las personas y no recordaba las cosas más sencillas. Así, el poeta Berg, a quien una vez en efecto no reconoció, no pudo perdonarle eso toda su vida y allí donde podía cacareaba sobre la altivez de Dostoievski. Y un comentario más sobre todo ello. Durante toda su vida, Fiódor Mijáilovich celebraba en diciembre mi onomástico, tomaba ese día como una fiesta, ni siquiera trabajaba. Pero, una vez, por un malentendido, una señora me trajo flores en junio como si fuese mi onomástico. En broma, le reproché a Fiódor Mijáilovich en una carta no haberme felicitado por mi santo. ¿Y qué cree? En su respuesta me pidió perdón y me explicó que estaba acostumbrado a celebrar mi onomástico siempre... en febrero. ¡Ya ve lo bien que recordaba incluso aquello referido a las personas más allegadas a él y a las que sin duda amaba!...

Traducción de Alejandro Ariel González